

EL ABOGADO DEL MARIS- CAL PETAIN HABLA EN EL ATENEO

EL día 3 de marzo pronunció en el Ateneo de Madrid una interesantísima conferencia M. Jacques Isorni, abogado del Mariscal Pétain, que se encuentra en España expresamente invitado por el presidente del Ateneo, don Pedro Rocamora.

La conferencia versó sobre el tema «Souvenir de la justice en France» (Marechal Pétain).

El acto, que revistió caracteres de excepcional acontecimiento, fué presidido por el presidente del Ateneo de Madrid, don Pedro Rocamora, a quien acompañaban el presidente del Tribunal Supremo, don José Castán; el ex ministro señor Gascón y Marín y el académico señor González Amezúa.

El señor Isorni empezó agradeciendo la atención con él tenida de invitarle a esta manifestación de simpatía, y agradeció en particular la acogida calurosa de que fué objeto por parte del público. «La agradezco —dijo—, porque sé muy bien que esta simpatía no va dirigida personalmente a mí, sino a aquellos que represento.» El señor Isorni trató seguidamente de lo que él llama el drama de Francia, la depuración que siguió a la liberación. Habla de

150.000 procesados sin recordar —dice— la depuración administrativa oscura y discreta.

«Los Tribunales de Justicia —añadió— estaban entonces, desgraciadamente, dominados por los comunistas, y los Jurados se componían de los enemigos de los procesados.»

Habló luego de sus recuerdos de las cárceles, en las que había visto hombres que conservaban su serenidad y su hombría ante la muerte. En este sentido recordó el caso de Roberto Brasillach como representante de la joven generación, que tuvo la valentía de disentir de las conveniencias oficiales. El fué ejecutado por sus compatriotas, que no le habían comprendido; pero Brasillach no perdió nunca ni su serenidad ni su sonrisa, aunque jamás creyó que podría sobrevivir al terror que se había abatido sobre Francia. Desde el punto de vista humano ese proceso fué la imagen perfecta del drama mismo de Francia.

Isorni habla luego de la obra poética de Brasillach, y recuerda lo que decía Chateaubriand de que en el poeta hay algo que no se le puede quitar o impedir y es que se lleve consigo su lira. Recuerda el caso de André Chenter, poeta de su edad, que representaba la misma posición que Brasillach y fué ejecutado joven y en condiciones análogas. En la prisión fué donde Brasillach, dando una prueba magnífica de firmeza y serenidad, escribe su estudio sobre Chenier.

Isorni censuró la actitud de la justicia penitenciaria francesa, que no estableció diferencias entre un condenado por razones políticas y un delincuente vulgar y trataba a todos por igual, con el mismo uniforme infamante y cargándolos igualmente de cadenas. Recordó la serenidad manifestada hasta el último día por Brasillach, y que se manifiesta particularmente en su testamento, en que sólo pudo legar a los suyos bienes de carácter puramente espiritual. Toda la intelectualidad francesa intervino para pedir la conmutación de la pena, y aquello fué como la protesta de la inteligencia de Francia, dirigida a De Gaulle. Pero este llamamiento no fué escuchado.

Isorni describe la madrugada de la ejecución de Brasillach.

Dió la mano al fiscal general y le dijo: «Dios nos juzgará.» Y a los que le ejecutaban, que estaban más emocionados que él, los animó diciendo: «Courage».

Pasó luego a hablar de Pétain. Los asistentes prorrumpieron en aplausos. El mariscal Pétain —dijo— es el símbolo mismo de Francia dolorosa. La presencia del mariscal en la pequeña isla del océano demuestra que el drama francés no ha concluído y que no terminará hasta que se haga justicia, lo cual es más necesario que nunca, por tener Francia que estar unida frente a las amenazas que pesan sobre la civilización. El mariscal pudo haberse sustraído al juicio, pues se hallaba en Suiza, donde fué llevado por los alemanes. Pero no quiso, a pesar de sus ochenta y nueve años, y se presentó alegando que «su deber de jefe era cargar con sus responsabilidades y proteger a sus soldados».

Contó anécdotas de la vida en el fuerte de Montrouge, con condiciones alimenticias deficientes y la ayuda discreta que sus amigos defensores le aportaban. El conferenciante hizo notar que en dos mil años de historia de Francia sólo dos casos ha habido en que se haya juzgado a un Jefe de Estado francés: a Luis XVI y a Pétain, lo que explica quizá la falta de antecedentes jurídicos observada en este proceso. Ambos, además, han sido condenados por sólo un voto de mayoría; sobre 800 votantes en la Convención, en el caso de Luis XVI, y por 14 votos contra 13, en el de Pétain.

Describió el abogado la escena misma del juicio: la entrada de Pétain en la sala, atestada de enemigos y acusadores, y, sin embargo, toda la sala se puso en pie. Después de pronunciada la sentencia (la deliberación había durado desde la siete de la tarde hasta las cinco de la mañana), el fiscal, que había pedido y obtenido pena de muerte, se acercó a Isorni y, abrazándole, le dijo: «Ha dicho usted todo cuanto yo mismo pensaba.»

Tres meses después Isorni fué a ver al Mariscal en el fuerte de Portalet, en los Pirineos, y encuentra en él la huella de tres meses de soledad y de sufrimiento. Luego le llevan a la isla de Yeu, donde pasó años largos y miserables. Pero, en medio de todo, el Mariscal sigue afirmando su posición de no pedir nada a nadie,

ya que habiendo confiado su honor a sus abogados, a éstos les tocaba el llevar las cosas hasta el fin. Sólo dijo que le interesaba que se velase por su honor. Los abogados piensan que la única manera de defender ese honor es la legal: una revisión del proceso. El Mariscal no se opone, diciendo que su condena sea la última entre franceses. La última vez que Isorni ve a Pétain es el 31 de diciembre. Pétain está agotado, su espíritu entra lentamente en la oscuridad de la noche, pero de cuando en cuando surgen momentos de fulgurante lucidez. Isorni afirma entonces que él no conoció a Pétain en sus días de gloria y de poder, sino como acusado, y que está decidido a defenderlo hasta el fin. Explica preferentemente que en Francia el sentimiento general no está lejos del Mariscal, como ha quedado demostrado por varios incidentes ocurridos la semana pasada con motivo del aniversario de Verdún. En la catedral de Niza, por ejemplo, después del discurso conmemorativo del obispo, en que no se aludió al Mariscal, en medio del silencio un joven se levantó y pidió que se dijera un Padrenuestro por el Mariscal vencedor de Verdún. Todos los asistentes, de rodillas, rezaron ese Padrenuestro en medio de una gran emoción.

Antes de terminar, el abogado del Mariscal dijo: «Quiero manifestar de una manera particular mi agradecimiento por la atención que el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, ha tenido para con el Mariscal, lo cual es una verdadera lección para los pueblos civilizados. Este gesto—dice Isorni—es más que nunca oportuno para consolidar la mutua comprensión de Francia y España, ahora más necesaria que nunca, en que surge la amenaza contra la civilización.»

El conferenciante, que en numerosos pasajes de su discurso fué interrumpido con aplausos, recibió al final una calurosa ovación del público, puesto en pie, que llenaba totalmente la sala del Ateneo.